

Miguel Ángel Oeste
VENGO DE ESE MIEDO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MIGUEL ÁNGEL OESTE
VENGO DE ESE MIEDO

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: septiembre de 2022

© Miguel Ángel Oeste, 2022

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-156-7
Depósito legal: B. 12.757-2022
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Primera parte. Padre.	13
Segunda parte. Familia	35
Tercera parte. Madre	73
Cuarta parte. Hijas.	137
Quinta parte. Padre e hijo	253
Abrir y cerrar puertas (<i>A modo de agradecimientos</i>)	299

Quiero matar a mi padre. No metafóricamente ni en la ficción de una novela en la que lo he matado cada vez que la narración abría la más mínima posibilidad de hacerlo. Incluso cuando ni siquiera le atribuía al personaje del padre rasgos del mío, desarrollaba la acción para que muriese. Desde que recuerdo, he fantaseado con las formas en las que moriría, en las que ponía fin a su vida. Y lo hacía con rabia, con rencor, con desasosiego.

Para mí ha sido muy difícil querer a mi padre, pero tampoco ha sido fácil odiarlo.

Durante muchos años, estos sentimientos avivaron el deseo de acabar con él. Tal vez así pudiera liberarme de la aprensión y la influencia dañina que tenía sobre mí. Sentía que al hacerlo me estaba liberando del miedo que me producía su figura, una figura que iba creciendo en mi interior, que se había instalado como una tenia alimentándose de mi organismo.

Aún siento su influencia.

Nada es tan sencillo. Nunca lo es.

Mi pensamiento asesino me encadena a esa idea del pasado de la que soy incapaz de desprenderme.

Pienso: mi padre muere. Pienso que yo lo mato. Lo he pensado demasiadas veces, tantas que casi he agotado la imaginación. En el fondo sé que soy un cobarde, un iluso, motivo por el que este sentimiento homicida, esta obsesión visceral que habita dentro de mí, me causa dolor.

Mi padre aún vive.

Se reproduce igual que la hierba salvaje. Se hace fuerte en lo adverso. Ese es mi padre: mala hierba que crece en cualquier sitio de mi cuerpo tembloroso, apoderándose de mí.

El 16 de julio de 2009, justo a la hora en la que iba a tomar un avión con destino a Praga, mi madre murió ahogada en su propio vómito mientras él estaba borracho. Sospecho que él la mató, también que ya la había matado, poco a poco, a golpes, erosionando su cordura como una lija erosiona la madera. Un símil sencillo, efectivo, igual que las manazas con las que nos pegaba.

Mi madre acabó gorda, loca, desfigurada, repetía siempre lo mismo. Era imposible sostener con ella una conversación. Me daba pena, aunque no hice nada para evitarlo. Tampoco ella contribuyó a que las cosas fueran diferentes. Se negó a hacerlo cuando se le presentó la oportunidad.

Estamos en julio de 2010. Mi padre aún vive y yo escribo sobre él para entender qué me pasa, por qué sigo instalado en el miedo.

Tengo treinta y siete años, cumpliré treinta y ocho el 3 de noviembre.

Ya no soy un niño. Sin embargo, el miedo que me anega sigue siendo el mismo que padecía el niño que fui, aquel que jamás tuvo la valentía de enfrentarse con su padre, aquel niño que tiene los ojos como diminutos océanos y mira al padre desde abajo, paralizado, mientras tiembla por dentro. Aún hoy no hay día que no me arrepienta de esa incapacidad.

El miedo resulta incomprensible.

Tal vez una prueba de valor son todos los años que llevo sin hablar con él. Tal vez mantener activo el silencio mediante el desapego es el mayor logro al que puedo aspirar. Entonces, por qué un simple comentario de una tercera persona sobre mi padre me genera rechazo, inquietud; por qué encontrármelo por la calle sin que él me vea me revuelve las tripas y me inyecta una dosis de desprecio; por qué la lectura de un libro que es un canto de amor hacia la figura paterna, una muestra de generosidad y de reconciliación, modifica mi ánimo y saca a la luz esta tendencia criminal hacia mi padre.

Quiero matarlo. Siempre lo he querido. Lo repito y no dejo de hacerlo, como si me proporcionase placer, como si en la repetición fuera posible hallar el valor necesario. Paradójicamente me asalta la idea de llamar a mi padre y entrevistarlo para extraer su visión de los hechos con el fin de plasmarla aquí, en este libro. Pero no me atrevo. Algo tan banal como una llamada de teléfono supone para mí un viaje al infierno. Hace días que no dejo de darle vueltas. A pesar de las deformaciones que pueda relatar, considero esencial hablar con él a fin de que su testimonio se confronte con mi memoria. La congoja de estar frente a él me bloquea. A lo mejor es una mera excusa que me pongo para no empezar esta búsqueda que me enfrente a mi padre, el mismo que menospreciaba todo lo que tuviera que ver con la cultura, el que se encargó de recalcar me que escribir era un fracaso, el que no se cansaba de repetirme que jamás llegaría a ningún sitio por ese camino de perdedores, que iba a estamparme contra la nada y que él estaría ahí para reírse. Hasta ahora, quizá, no se haya equivocado. Hasta ahora, quizá, esté venciendo si es que esto es un combate.

Le comento a mi hermano que estoy dándole vueltas a la posibilidad de entrevistar a nuestro padre. «Tú sabrás.» Sí, yo sabré.

Algo que me parece importante: hacía ya años que nunca me refería a él así, mi padre, es más, evitaba nombrarlo, y, si no me quedaba más remedio, decía «esa gente». A él no lo nombraba, lo ignoraba siempre. Por escrito me cuesta menos denominarlo padre. Es una de las razones por las que me he planteado escribir un libro que cuente nuestra relación. Lo llamo relación, aunque en realidad fue ausencia. O, en cualquier caso, una relación abyecta por ambas partes. Decido escribir, aunque por el momento no tenga la fuerza suficiente para citarme con él. Escribir es mi manera de enfrentarme a él.

Me pregunto si con el tiempo las cosas que me sucedieron, las que quisiera reconstruir, seguirán afectándome, o la sola posibilidad de que sea capaz de escribirlo es prueba suficiente de que ha empezado una transformación, que por fin he aprendido a pasar página. Está decidido, o eso creo, soy una montaña rusa en un parque de atracciones decadente, en el que todo está comido por el óxido y el moho. Sé que en una historia así, el pudor sale a la palestra obligándote a decidir qué ocultar y qué mostrar, y también que hay que plantar cara a los engaños y velos de la memoria. Y eso me lleva a reflexionar acerca de esta necesidad de analizar a mis padres que me impulsa, y sobre el modo de escritura idóneo para hacerlo. La escritura abre puertas que uno no se atrevería a abrir, ilumina recovecos donde siempre triunfó la penumbra, desentierra las más primitivas evidencias de la vida. Y al cabo me doy cuenta de que no dejo de pensar en ellos con rencor, y por tanto escribo con resentimiento. Desde que me propuse contar esta historia, el miedo me solivianta.

Imagino que es una etapa inevitable. Trato de limar el rencor. Sé que si quiero llegar a algún sitio deberé rebajar esa animadversión. Sé que deberé escribir sin rencor. Pero ¿cómo lograrlo cuando hay tantos recuerdos tristes, tanto sufrimiento y odio?, ¿cómo se alcanza esa meta cuando tienes la absoluta certeza de que tu padre es un asesino?

No tengo claro qué voy a contar ni cómo voy a hacerlo. No he diseñado ninguna estructura ni he compuesto una cronología. Simplemente escribo buscando explicaciones, pese a que cuando uno escribe suele terminar descubriendo que solo ha conseguido multiplicar las preguntas.

Miro el almanaque, 16 de julio de 2010, hace un año que falleció mi madre. Seguramente es solo una casualidad, pero yo me afano en hallar algún tipo de conexión que explique la coincidencia. Me vuelvo a acordar de que no fui al entierro. No es que me arrepienta de mi decisión —eran las cuatro de la madrugada cuando sonó el teléfono, yo a punto de embarcar con mi novia en un avión con destino a Praga, descolgué y oí a mi hermano: Mamá ha muerto—, es solo la constatación de que mi padre y yo no podemos estar en el mismo lugar ni siquiera en una circunstancia como esa.

Mi primera reacción fue acudir a la casa de mis padres para ayudar a mi hermano y asistir al velatorio. En el ordenador del aeropuerto mi novia y yo miramos billetes para los próximos días. Todos se salían de nuestro presupuesto. Las opciones se reducían a dos: me quedaba, perdía el viaje y me enfrentaba a mi padre, o cogía el avión y trataba de olvidarme de que mi madre había muerto. Volví a llamar a mi hermano y le pregunté cómo había sido. Yo sabía que mi

madre se había deteriorado muy rápidamente en los últimos meses. Su cuerpo y su mente estaban muy castigados tras las palizas casi diarias que durante años y años le propinó su marido. Tomaba un arsenal de pastillas, y su vista era la de un topo. Mi hermano aún no había llegado a casa de mis padres. No sabía en esos primeros momentos qué había pasado. Le pregunté quién le había avisado. Me dijo que nuestro padre lo había llamado varias veces, pero que ignoró sus llamadas porque era muy tarde. Mi padre suele llamarlo cuando necesita algo. Me he cansado de repetirle a mi hermano que corte definitivamente la relación. Minutos más tarde, era mi tía, la hermana pequeña de mi madre la que le telefoneaba. Fue entonces cuando mi hermano se dio cuenta de que algo grave había pasado.

Lo primero que mi hermano vio cuando llegó a casa de mis padres fue una camilla sobre la que había una gran bolsa de plástico cubriendo un cuerpo. Oía su voz quebrada como si me hablase de una extraña. Muchas veces, yo había deseado la muerte de mi madre. Aunque no era nada comparable al deseo de que muriese mi padre. Mi hermano seguía al teléfono mientras entraba en el dormitorio y se encontraba con la policía y con mi padre borracho como una cuba, delirando y balbuceando. Se vio obligado a colgarme. El sonido de la conversación quedó suspendido en el aeropuerto, casi solitario a esa hora de la madrugada.

Le pregunté a mi novia qué haría en mi lugar. Después, cuando retomé la conversación con mi hermano, se lo consulté a él. Ambos me dijeron que se trataba de una decisión personal.

De repente, se habían invertido los roles: él actuaba ahora como el hermano mayor. Le ofrecí mi ayuda, y me dijo que se podía encargar de todo él solo. Fueron minutos extraños, de indefinición, en los que meditaba de un modo entre-

cortado, pasando de una cosa a la contraria en apenas segundos. Me costaba recordar momentos de felicidad, luminosos, junto a mi madre, que me llevaran al velatorio, mientras al mismo tiempo pensaba en el qué dirían si no asistía al entierro. Tenía la certeza de que mi padre había matado a mi madre porque era un estorbo para él; pensaba que él lo había planeado todo para que pareciera un accidente y, de paso, embolsarse la parte del dinero que mi madre había obtenido de la venta de la casa de mi abuela. Podía sonar novelesco, pero ¿acaso no solía preparar el medicamento que debía tomar porque mi madre confundía los comprimidos a causa de su mala visión? Hay otro dato, la confianza de la única vecina con la que hablaba mi madre —y con la que yo conversé a la mañana siguiente—, que confirma mi sospecha. Esa mañana, 17 de julio de 2009, había recibido algunas llamadas de condolencia de los amigos más cercanos, cuando volvió a sonar el móvil y se presentó la única vecina con la que hablaba mi madre. Me dijo que le había pedido el número a mi hermano, que sentía mucho la pérdida y que quería mucho a mi madre. Fue una de esas situaciones raras en las que quien transmite el pésame se muestra más destrozado que a quien va dirigido, hasta el punto de que me vi consolando a la única vecina con la que hablaba mi madre, que también sufría la soledad hacía años. Desconozco cómo entramos en el tema y cómo fue la revelación, solo recuerdo que, mientras yo trataba de calmar su llanto, me dijo que unas horas antes de que mi madre muriese, había hablado con ella y le había dicho que le tenía miedo a mi padre. Esto me enervó aún más. Me hizo recordar que en alguna ocasión había sonado mi móvil y leyendo en la pantalla la palabra «Ma», había contestado con malestar, para oír su voz apagada, apenas un segundo, justo antes de percatarse de su error y colgar. El hecho de que sospechara de mi

padre no significaba que no fuese consciente de que mi madre era ya una muerta en vida por los incontables golpes, por el cargamento de drogas consumidas, por la vida que llevó junto a mi padre.

Le dije que estaba fuera de España y que cuando regresara la llamaría y hablaríamos. La única vecina con la que hablaba mi madre me conocía desde que nos mudamos al número 64 de Juan Sebastián Elcano, en el barrio de Pedregalejo, a finales de los años setenta. Había escuchado las broncas diarias de mis padres, y podía tener información útil para lo que yo tenía entre manos. Pero son las típicas promesas que se dicen y luego no se hacen, así que a mi regreso no la llamé. Y me arrepiento. Porque ahora está muerta.

Mi madre murió con cincuenta y siete años. Mi padre la mató. Si no ese 16 de julio de 2009 en que se ahogó en su propio vómito de pastillas y alcohol, sí a lo largo de toda su historia en común, en la que, puñetazo a puñetazo y patada a patada, la fue convirtiendo en un despojo, en un saco sobre el que mi padre volcaba toda su violencia, toda su frustración, toda su ira.

Llamo a mi hermano, me dice que lo deje estar, que casi no recuerda nada, que se encontraba fuera de órbita aquel día. Estas son, más o menos, sus palabras. Le pido la autopsia, suspira, me responde que la buscará. No me doy por vencido hasta que reconoce que también él tuvo sus dudas. La declaración de mi padre fue contradictoria, como su comportamiento en el cementerio mientras esperaba a que llegara el cuerpo de mi madre. Unas veces le decía a mi hermano con un punto de locura: Y tu madre ¿dónde está?, como si todavía estuviera viva y hubieran asistido a un funeral ajeno; y otras veces, con pleno uso de razón, le pregun-

taba cuándo traerían el cuerpo, a pesar de que ya llevaba dentro de la sala del tanatorio un par de horas. Según me cuenta mi hermano, mi padre se fue a comer, no veló el cuerpo, y luego llegó borracho. Menos mal que no estuviste, me dice, menos mal.

Me confiesa que aunque últimamente era reticente a llevarle a mi madre a su hijo de ocho meses, le reconfortó hacerlo en algunas ocasiones, por ver los atisbos de alegría mezclada, eso sí, con su demencia. Me dice: Mamá ya hablaba de una manera en la que no se le entendía. Se imaginaba que por las tardes pasaría a su nieto, yo la dejaba, qué iba a decirle, me daba pena, por lo menos esas dos veces que le llevé a mi hijo la noté feliz. A mí, esos momentos me producían algo de satisfacción y mucha tristeza. Me dice: Cuando yo vivía en el apartamento de la calle Bolivia, muy cerca de su casa, en un momento de debilidad, le propuse que si no estaba bien con papá se podía venir a vivir conmigo. Prefirió quedarse con él. Tampoco sé qué hubiera hecho si hubiera aceptado. Me dice: Siempre ha habido apoyo por nuestra parte cuando papá desaparecía o cuando estuvo en la cárcel, pero mamá nunca lo aceptó. Me dice: La noche de la muerte de mamá, el juez de paz me dijo que había manejado la situación con tacto, que otra persona hubiese golpeado a papá. Le pido que me lo cuente con detalles. Me dice: No me acuerdo, seguramente me dijo eso porque no perdí la calma, y tú deberías dejar las cosas tal y como están, es tu padre, es lo que nos ha tocado y hay que aguantarse. Me dice: El otro día le llamé por si se encontraba solo. No respondió. Le digo que ya no le necesita, que una vez le ha arreglado los papeles y tiene en su poder el dinero de mamá, ya tiene lo que quería. Me dice: A mí eso me da igual, pero tú deberías perdonarlo.

Imagino que llamo a mi padre, acudo a su casa, me siento frente a él y lo entrevisto. Le digo que sé que él asesinó a su mujer, que sé cómo lo hizo. Él se ríe y me grita y entonces yo le doy un golpe en la cabeza y cae muerto. Lo que imagino con esta facilidad, en realidad, queda en nada, como tantas noches en las que soy incapaz de golpear a mi padre, después de que se haya cebado con mi madre, y nosotros, mi hermano y yo, tratemos de detener la paliza.

Ya he cumplido los dieciocho años, ya soy mayor de edad, ya debería defenderme, ya tendría que enfrentarme a él, pero es mi hermano menor quien lo empuja y lo derriba una noche de 1990; yo estoy quieto, no hago nada, mi madre sangra, un espejo está roto y hay cristales por el suelo, salgo corriendo cuando mi padre se abalanza hacia mí con sangre de mi madre en sus manos, también mi hermano corre, episodios así suceden a menudo, esta es mi infancia y adolescencia, esta es mi memoria.

En parte también la de mi hermano. Lo envidio, simplemente, por su capacidad de perdonar y la generosidad que derrocha cuando habla con ese individuo que conocemos como padre. Al mismo tiempo se lo reprocho con mi actitud. Nuestra forma de relacionarnos es anormal, está cortocircuitada, otro legado de la familia, más evidente desde que murió mi abuela materna. Estoy convencido de que lo intuye, de que lo percibe como yo lo hago, aunque nunca se lo he preguntado. Pensándolo con detenimiento, jamás nos hemos comunicado bien. Lo que sí le digo a mi hermano es que necesito que me cuente todo lo que recuerda de la infancia. Repite: Déjalo estar. Luego accede y me pide unos días, advirtiéndome de que apenas conserva recuerdos. A lo mejor ahí está el quid del perdón, en olvidar, en echar tierra sobre el campo de la memoria.

No olvido.

Escribo sin una hoja de ruta. Sin red, con miedo. Como si estuviera en el epicentro de un tornado que fuera desgarrando fragmentos de lo que soy, de lo que he sido. Me siento así cuando recuerdo, cuando con frecuencia me asaltan las cuestiones ¿qué me une a mi padre?, ¿qué rasgos hay de él en mí?

Mi padre nunca fue mi padre. Eso me decía yo y se lo decía a todo el que me preguntara por él. ¿Era necesario precisar más?

Aunque tenga muchísimas razones para decirlo, sé que no son suficientes, que no es sencillo de entender.

He tratado de convencerme de que mi padre no pertenece a mi vida. Me preocupa y me aterra parecerme a él. Pero ¿cómo negar que su presencia e incluso su influencia —ese maldito componente atávico— han sido determinantes de alguna manera en mí?

¿Somos mi padre y yo parecidos?

¿Sería capaz de hacerle esa pregunta a él? ¿Qué respondería?

No olvido.

Recuerdo. Sobre todo las peleas entre mis padres, el cora-

zón subiéndome hasta la garganta, el miedo rebotando dentro del cuerpo igual que una bola de *pinball*.

Estoy en el invierno de 1978. Un golpe sordo me desvela. Abro los ojos y miro a la derecha: mi hermano duerme en la cama de al lado. Me concentro en su respiración para acompañar la mía a la suya y, aunque lo logro, sigo vigilante, una bola presiona el centro de mi pecho, pretende abrirlo, una sensación que se ha quedado, una cicatriz que permanece dentro.

La noche emite sonidos, como si no quisieran ser escuchados. El ruido vago de la noche disfraza las voces. En el silencio, ese ocultamiento suena a una máquina de vapor lejana y antigua que emite ecos intermitentes, lastimeros, antes de detenerse por fin, agotada. Son resonancias que desconozco todavía. Gemidos con los que me familiarizaré esa noche. Sollozos que representan un insomnio que viene para quedarse. Llamo a mi hermano. Continúa dormido. A través de los huecos de la persiana se filtra la luz de la calle: insectos que parecen espectros vagando al acecho de una víctima. Pongo los pies descalzos en el suelo, está frío, siento inquietud, trato de entender los sonidos ininteligibles que superan las puertas del pasillo hasta asfixiarse en la habitación, murmullos que parecen palabras apagándose, mezcladas con respiraciones profundas que palpitan entrecortadas. Un nuevo golpe sordo estalla cuando me dirijo hacia el dormitorio de mis padres, pisándome, de tanto en tanto, el pantalón de pijama que me queda largo. Escucho que chirrían los muelles de la cama. Escucho un grito de mi madre. Escucho otro grito de mi padre. Escucho mi corazón al abrir las dos puertas del pasillo y colocarme frente a aquella puerta cerrada. Giro el pomo de la puerta y descubro a mi padre encima de mi madre, se gira bruscamente con su brazo levantado, sus ojos clavados en el intruso, mi madre dice algo,

qué, no la oigo, sin esperarlo mi padre se lanza hacia donde estoy. No me muevo, quiero decir algo, ¿papá?, digo, o recuerdo que digo ¿papá?, y él me agarra y me saca del dormitorio con nervio y creo que me ordena que me vaya a dormir, porque sigo mirándole, rígido, incapaz de moverme, hasta que su mano baja contra mi cara y me empuja fuerte y caigo, y me levanto como un resorte y empiezo a correr hacia mi habitación y tropiezo con el bajo del pijama, y caigo al suelo y lloro y la puerta de su habitación se vuelve a cerrar con ímpetu.

Esa fue la primera pelea que recuerdo entre mis padres.

A partir de ese momento mi vida es una contienda. O con el tiempo lo he revivido de esa forma. Al fin y al cabo las peleas con mi padre crecieron con la rapidez con la que cumplía años. Peleas que no se han borrado, pegadas con la firmeza de una lapa a una roca. Me afano en arrancarlas. Es imposible. Mis manos siguen siendo las de un niño de seis años. Una roca plagada de lapas. Un cuerpo plagado de peleas. Resulta curioso que las que tuve con mi madre, mucho más numerosas, se hayan difuminado en la movediza memoria. ¿La he perdonado? ¿Eran menos dolorosas o me afectaban de otra manera? ¿Un padre ejerce más influencia en un hijo que una madre? Y la otra perspectiva que escuece: ¿me han disculpado ellos de mis errores y del odio que les eché encima? Ignoro las respuestas. Solo estoy seguro de una cosa: quiero arrancar estas preguntas para tirarlas al fondo del mar y que la marea las arrastre lejos, muy lejos.

Necesito hacerlo: el resentimiento acude y las alimenta y apenas logro evitarlo.

Mentiría si dijese que todos los recuerdos que tengo de mi padre son desagradables. En el fondo es lo que deseo. No por un sentimiento masoquista, sino porque justifica mis pensamientos y actos. Recuerdo que al menos en mi infan-

cia añoraba pasar más tiempo con él. Recuerdo que competía con mi hermano por su cariño. Como cuando compró el Scalextric y por unos días jugó algunas horas con nosotros. Durante varias semanas echábamos carreras y reíamos en aquella pista que ocupó una esquina del salón del piso 2-D del edificio Cumana, antes de que fuera desmantelada por las quejas de mi madre o tal vez por nuestro propio aburrimiento. En aquellas carreras en las que mi mano presionaba el mando con fuerza, me picaba con él, quería ganarle para que mi padre me felicitara. Mi padre solo felicitaba a quien ganaba.

También recuerdo con felicidad una tarde que nos llevó a una juguetería y nos compró unos muñecos de la serie He-Man, con los que jugamos los tres hasta que él se fue al restaurante y, después de aquella tarde, ya no volvió a jugar con nosotros con esos muñecos y terminaron cubiertos de polvo tiempo después. Lo que más recuerdo es el garaje del piso de Cumana donde mi hermano con siete y yo con nueve jugábamos al fútbol contra él y no conseguíamos ganarle. Cuando crecimos y empezó a perder, se mosqueaba y reclamaba la revancha. Y cuando se hizo evidente que no nos podía ganar, dejó de jugar partidos contra nosotros. Sí, mi padre era muy competitivo, competía con todo el mundo, pero más que con nadie, conmigo.

Y yo, sin ser muy consciente al principio, alentaba esa competencia.

Leo o releo algunos libros que abordan el tema de padres e hijos. La gran diferencia con el mío es que esos libros están escritos por hijos cuyos padres ya han muerto o se encuentran en una fase irreversible hacia la muerte. Mi padre vive. No debería invadirme el miedo por imaginar que lo visito y hablo con él después de quince años. Eso me ayudaría de base para la narración.

Podría suceder que mi padre no quisiera conversar conmigo. No he contemplado esa posibilidad. Está solo y es bastante vanidoso. Si se entera de que quiero verlo lo interpretará como otra victoria. Solo tengo que visitarlo y hablar con él. Pero me lo impide el miedo. El miedo que nunca se ha ido. El miedo resucitado con la escritura.

La mayoría de los padres, si no todos, quieren para sus hijos lo mejor, que gocen de salud y buenaventura. La mayoría de los padres desean que sus hijos terminen siendo abogados, médicos, cualquiera de esos oficios notables para el estatus social, o, como mínimo, les desean que alcancen una situación estable. Si no todos, sí la mayoría de los padres quieren en el origen que sus hijos triunfen y los superen y sean mejor de lo que ellos fueron.

La mayoría de los padres menos el mío.

El mío se comparaba conmigo en cada cosa que hacía y se cuidó de que no lo superase. El mío deseaba y desea que yo fracase. El mío me ha impregnado de temor. No quiero parecer una víctima ni hacer de él un verdugo. Porque, a pesar de que con estas palabras persigo liberarme, perdonarlo y perdonarme, reincido una y otra vez en los reproches, en el resentimiento que expulsa la memoria en forma de recuerdos enquistados. Y sí, soy incapaz de perdonarle en este momento. No sé si lo haré en un futuro o si con la escritura llegaré a lograrlo. Desconozco si esta actitud me vuelve ingrato.

Todavía no he llegado a ninguna conclusión. Quizá no lo haga y posiblemente carezca de sentido. Lo repito: escribo para seguir adelante. Es la única forma en la que puedo llamarlo padre y no bastardo o hijo de puta. Es una conquista pequeña. Una conquista que paradójicamente me tizna de insatisfacciones.

No olvido.

Recuerdo. Y sigo escribiendo con rencor. Solo sé hacerlo de esa manera cuando escribo de alguien al que me gustaría ver muerto.

Llevo meses así: hoy es 29 de septiembre de 2010, mi santo. Apenas he escrito algunas páginas y comienzo a flaquear por las dudas. No son las primeras. Pero hasta ahora no me había propuesto abandonar. Trato de convencerme de que la renuncia a la escritura supone otra victoria para mi padre. Aunque esto representa más mi fantasía que ninguna otra cosa, encuentro puntos para sostenerla con facilidad. A mi padre le trae sin cuidado todo el mundo excepto él mismo. Despreciaba a las personas que leían y escribían, así que, en aquella casa eternamente sin amueblar, jamás hubo libros, más allá de los de cocina, ajedrez y de una enciclopedia que adquirió por error.

Mi padre no estudió. Era de los que pensaban que la vida era la única escuela. Infravaloraba a los licenciados, menospreciaba a la gente con cultura que había aprendido en los libros, y gracias a su agilidad mental, que la tenía y mucha, le faltaba tiempo para ponerlos en ridículo. Derrochaba confianza, hablaba como si conociese algún secreto o matiz que su interlocutor desconocía, lo que a este le hacía ser más cauto, y a mi padre le otorgaba algo parecido a la razón a causa del valor y la seguridad con la que departía de cualquier asunto. Poseía una virtud innata que no se cultiva por mucho que uno lo intente: la capacidad de crearse un criterio propio y sólido del mundo a través de lo que percibía en los informativos (y la prensa en general) y la información que extraía de determinadas reuniones en su restaurante. Más que nada, era un seductor, un mentiroso que fabricaba engaños cada vez más complejos, contruidos por el impulso de su carácter, por su ansia desaforada de llegar a ser alguien.

Cuento esto porque, si bien otros niños protestaban por la vigilancia de sus progenitores, los cuales les impedían con frecuencia hacer esto o aquello o permanecer en la calle hasta altas horas de la noche, los míos no se oponían a nada, solo mi padre odiaba que leyera y se metía conmigo si comprobaba que escribía algo que no fueran los deberes del colegio. Parecía un cura de los de antes, que temiera la transmisión de conocimiento que contenían los libros. Máxime cuando con amenazas me indicaba que me estaba echando a perder, que por ese camino sería un inútil toda mi vida. Le molestaba que fuese un niño débil que caía enfermo rápidamente, sin certezas, sin valor, inseguro, callado, torpe, que se resguardaba tras páginas dibujadas o páginas con letras. Quizá esta ausencia de cualidades que yo ostentaba creó una reacción, potenciándolas, con el modo en que él se comportó conmigo.

Él no me educó, él no era un modelo, casi nunca estaba en casa. Siempre andaba en el restaurante y luego cerrando las noches, todas las que su cuerpo le permitía. Pese a que no me educó ni me orientó en el juicio que un niño se forma del mundo, yo tomé a mi padre como referente exclusivo a lo largo de mi niñez. No tenía ni conocía otro. Fue un referente obligado. Además, era mi padre, por tanto, cualquier acción le estaba permitida, era justificable, debía acatarla con resignación y buena voluntad.

Aunque ahora pienso que, ya entonces, burbujeaba una sensación dentro de mí alertándome a no ser como él. A la vez, la tendencia de la naturaleza y la ausencia de cualquier maestro me empujaban a imitarlo.

Por ejemplo, al cumplir los doce o trece años, a pesar de que pudiese estar de acuerdo con lo que argumentaba, empecé a mostrar opiniones opuestas a las suyas. Me daba igual, en público yo me colocaba en el otro bando, luchaba contra

él para debilitar el miedo. Pero el miedo crecía. Por el contrario, cuando mi padre no estaba presente, yo usaba sus palabras y sus opiniones frente a mis amigos.

Tecleo muchas veces la palabra «adelante», que llena la pantalla del ordenador. Antes de ir hacia delante tengo que ir hacia atrás. Empezar por el principio, o por lo que considero el principio.